

ANA MARÍA STUVEN Y VASCO CASTILLO

# CONSTRUYENDO UN REINO DE ESTE MUNDO

ENSAYO HISTÓRICO SOBRE CLERICALISMO Y POLÍTICA  
EN CHILE



EDICIONES  
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

# Índice

Nota de los autores .....	9
Introducción .....	11
CAPÍTULO 1	
<i>El clericalismo en la historia</i> .....	25
Roces de poder: papado versus imperio .....	30
Las dos espadas .....	32
La Reforma como reacción anticlerical .....	35
La religión en los Estados-nación .....	38
Autoridad y comunidad: principios en conflicto .....	46
CAPÍTULO 2	
<i>De los imperios a los Estados</i> .....	49
Roma y el Estado .....	50
Durante la monarquía .....	51
Se desmorona el imperio .....	54
Debates y desafíos .....	59
El ultramontanismo .....	65
El poder romano .....	69
CAPÍTULO 3	
<i>Soberanías en pugna</i> .....	75
Ultramontanismo y catolicismo liberal ante las reformas constitucionales .....	80
Las Leyes Laicas .....	88
CAPÍTULO 4	
<i>La Iglesia llama a los laicos a la acción</i> .....	93
El nuevo contexto papal: León XIII .....	94
Recristianizar la sociedad: del asociacionismo no político a la separación constitucional .....	101
La acción católica .....	109
CAPÍTULO 5	
<i>Concilio Vaticano II, pastoralidad y pueblo de Dios</i> .....	117
La Iglesia como pueblo de Dios .....	123
La recepción del mensaje en Chile .....	126
Bibliografía .....	137

## Nota de los autores

Escribir un ensayo sobre el clericalismo en medio de las cuarentenas del covid-19 se transforma no solo en una experiencia intelectual. Permite que todos experimentemos sensiblemente las vivencias que se denuncian como parte del proceso de construcción del clericalismo y que, en parte, se asocian con el encierro, en varias de sus formas. Potenciales víctimas del covid-19 compartimos, como lo han hecho los sacerdotes en la historia, la experiencia de la clausura, y los sentimientos que imaginamos que acompañan a muchos de ellos: aumento de las angustias, de los miedos, de vivir suspendidos en un tiempo irreal. En nuestra situación actual, la prensa da cuenta del aumento de las denuncias de violencia intrafamiliar y de llamados desesperados por parte de quienes no tienen los recursos psicológicos para enfrentar una situación de distanciamiento social y afectivo que impone la pandemia.

Podemos considerar nuestro encierro un regalo paradójico, por la inesperada coincidencia de pensar y recorrer históricamente un fenómeno que ha generado en algunos sacerdotes hermetismo y conductas antisociales, al tiempo que vivimos una anormalidad impuesta por la cuarentena. No es exagerado temer que este aislamiento despierte en muchas personas –tal vez en nosotros mismos– conductas agresivas, culposas, avasalladoras, poco empáticas.

Este no es un ensayo que busque comprender los abusos sexuales; ellos son la punta de un iceberg –dramático, por cierto– que se enclavan en sistemas de autoridad y de relación que se hacen posibles en contextos de encierro, de sacralización, de autoritarismo propios del clericalismo. Lo que se intenta en este texto es abrir un espacio para que la historia no sea un destino, sino que, conociéndola, aparezcan nuevos horizontes de futuro para la Iglesia.

Los autores agradecen a muchas instituciones y personas que hicieron posible y ayudaron en el proceso de elaboración de este trabajo: a la Universidad Diego Portales, especialmente a su rector, Carlos Peña, por facilitar esta publicación; al Proyecto Fondecyt 1180123, gracias al cual se pudo financiar la investigación; al Centro Teológico Manuel Larraín, por años de reflexión en torno al tema. También a quienes inspiraron la pregunta sobre el clericalismo y el interés por comprenderlo: Jorge Costadoat, sj, y Carlos Schickendantz. Las conversaciones con Juan Ochagavía, sj, fueron especialmente iluminadoras.

Ninguno de ellos es responsable de lo que contienen estas páginas. También se agradece a Gabriel Cid, a Camilo Fernández, Pablo Garrido y Nicolás Lastra, por su trabajo en la etapa de investigación y edición.

*Mayo de 2020*

## Introducción

Los abusos sexuales cometidos por sacerdotes han remecido con dolor al mundo católico y despertado, con razón, el rechazo y la condena de quienes ven en la Iglesia una institución que ha amparado o encubierto estos crímenes por largos años. Estamos todos asombrados por la profundidad de la crisis; “la peor crisis de credibilidad después de la Reforma”, escribió el teólogo Hans Kung, con razón. Thomas Doyle —el gran dominico norteamericano que impulsó la investigación del abuso sexual en su país— señala con mucho acierto que resulta insoportable “la imagen de una iglesia cristiana que permitió la violación sexual y espiritual de sus miembros más vulnerables y que, al ser confrontada, respondió con una mendacidad institucionalizada y un desprecio absoluto por las víctimas”. Estamos consternados por esta “crisis sin fin” (*neverended crisis*), como han dicho los irlandeses, tan remecidos por los abusos en su Iglesia local. La realidad es que los abusos sexuales a manos de sacerdotes le han quitado a la Iglesia Católica grandes espacios de influencia y credibilidad. Qué decir del caso de Marcial Maciel, fundador de una congregación religiosa que ha educado a sectores importantes de las élites hispanoamericanas y que, mientras cometía sus atrocidades, disfrutaba de la amistad del Papa Juan Pablo II. En Chile, los escándalos de Fernando Karadima, Cristián Precht y Renato Poblete acabaron por inundar con un halo ominoso al conjunto de los sacerdotes. La desconfianza se impuso como la actitud generalizada. Un cura que toca o abraza a un niño inmediatamente se convierte en un pedófilo en potencia. Los padres preparan a sus hijos para enfrentar eventuales agresiones mientras a los curas se los insulta en el metro o en la calle. Ser cura ha pasado a ser una condición vergonzosa a los ojos de muchos.

Han sido años malos para la Iglesia; también para los católicos que conocen el sacrificio personal y las sublimaciones que exige la vocación sacerdotal; que saben de curas fieles, a pesar de compartir la condición de pecador con toda la comunidad. Con razón, a medida que pasa el tiempo, muchos católicos se cansan de desconfiar, de condenar. De verse forzados a separar la religión del mundo eclesiástico; a Dios de su Iglesia. Quieren ver la luz al final del túnel, aunque lo más probable es que esta situación vaya a perdurar; todavía queda mucho por saberse, especialmente por el secretismo con que se ha rodeado a las sanciones eclesiásticas. También por los desatinos —¿desatinos o conductas

atávicas?— de un conjunto de clérigos, obispos incluidos por cierto, que han sido incapaces de auscultar la molestia y la voluntad de cambio entre sus fieles. Por esto y otras actitudes, la Iglesia no parece estar a la altura del rechazo que provoca, ni de intentar recrear vínculos más empáticos con una feligresía dolida y distante

¿Qué le queda a un católico que quiere continuar perteneciendo a la Iglesia? Una opción es mantenerse en la desconfianza o colgado al frágil hilo del que parece pender el vínculo que une a la Iglesia con Dios. También está volver a la “fe del carbonero”, esa actitud filial, un poco infantil, que no cuestiona nada, que se aferra a símbolos y rituales religiosos. Otros pueden incluso minimizar los escándalos y asignárselos a un maligno que conspira contra el bien y la verdad.

Creemos que existe otra opción si se tiene fe. Consiste en insertar los escándalos y abusos en una narrativa histórica que permita reflexionar sobre sus orígenes; por cierto, sin justificarlos, pero separando la paja del trigo. Esta sería una manera de comprender el proceso eclesial en su dimensión histórica, buscando identificar esos nudos que la ataron y aún mantienen aferrada a estructuras de poder canonizadas hace siglos por razones más mundanas que religiosas. Estructuras y relaciones incompatibles con una fe madura y con formas de filiación institucional que permitan y acepten el escrutinio de los creyentes. Esa es una opción abierta para quienes miran la crisis, sus explicaciones y sus alternativas desde dentro del templo, acudiendo a diversas disciplinas, entre ellas la politología y la historia, en busca de ayuda interpretativa. La historia y el historiador no juzgan, sino que buscan comprender; este es el sentido de este ensayo. Ensayo, porque nace de una inquietud vital que interpela la pertenencia a una religión, pero cuya reflexión se enmarca en el oficio historiográfico y politológico. No se trata de ninguna manera de una historia monográfica; no pretende ser una investigación acabada ni tiene aspiraciones de sistema; apenas muestra un proceso, para aportar a su comprensión y debate, aunque sus conclusiones no sean definitivas.

La historia social y política de Chile debe comprenderse como profundamente entrelazada con la historia del catolicismo, tanto en su dimensión de fe como eclesiástica. La fe católica ha sido un factor de unidad nacional en momentos de conflicto e incertidumbre. Sin embargo, a medida que la Iglesia se ha ido reduciendo al mundo clerical más que a la concepción teológica de pueblo de Dios, ha tendido a excluir al laicado. Por otra parte, mientras el pensamiento—incluido el de algunos teólogos— y la ciencia han establecido un necesario diálogo con la modernidad, el catolicismo ha sido reticente a comprometerse del todo con ella. Lo más evidente, históricamente, ha sido el manejo político